

DISCURSO DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS

Al cumplirse el centenario del nacimiento del que fuera máximo escritor nuestro, José Gálvez, el Instituto Nacional de Cultura y la Academia Peruana de la Lengua se suman al tributo con el que diversas instituciones celebran tan especial acontecimiento.

El Instituto Nacional de Cultura honra la figura de uno de los dirigentes culturales del Perú de este siglo y a la vez notable poeta que deslumbró en su juventud con ímpetu y obtuvo después la dorada serenidad del ocaso, donde la luz adquiere caracteres espléndidos. La Academia Peruana de la Lengua recuerda particularmente a un miembro de su institución que supo ser cultor del lenguaje con la emoción de la tierra natal y el popular juego del habla regional peruana. Su preocupación por una literatura genuinamente nuestra no lo eximió de ser rigurosamente un escritor a medida universal y con la carga fundamental de su tiempo.

En numerosas ocasiones me ha tocado la gratísima satisfacción de hablar de José Gálvez. Tarea doblemente grata por el valor que para mí tiene esa figura de escritor tan de nosotros que recibiera la pluma de Ricardo Palma; como por el afecto personal que guardo a quien fuera maestro

y amigo y antecesor en la Cátedra de Literatura Antigua en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. No puedo olvidar la impresión jubilosa de tener entre las manos su espléndido derrotero de la Odisea, hecho con belleza y con deleitoso cariño. Y escuchar de sus labios tantos otros caminos de la literatura griega que él enseñaba con singular fruición. A la vez no puedo dejar de recordar la cálida y amistosa voz de sus conversaciones que hacían un verdadero rito de confianza en las charlas que daba en Insula o en la ANEA, entre un murmullo asordinado de bellas y expresivas palabras. Fue Gálvez fundamentalmente un hábil exponente de la conversación y el discurso que se ha perdido en gran parte pero que aún podemos rescatar aunque fuera para el recuerdo sus amigos, sus discípulos, el mundo que lo rodeaba con singular simpatía.

Nacido en Tarma, en 1885, José Gálvez recoge el sentido peruanista de la generación del 900 y suaviza, por otra parte, la nota grandilocuente de Chocano. Si sustenta la tesis de orillar, de una vez por todas, la literatura nacional, no descuida la lectura de Verlaine —*Jardín Cerrado*— y después de su triunfal *Canto a la Juventud* ostenta graves meditaciones frente a los ocasos, junto a las notas coloristas de su "Caballo de Paso". Es ameno, confidencial. Se diría a veces Palma, a veces Luis Benjamín Cisneros, si no marcara la modernidad de su estilo en la frase corta y en la sutil observación que obedece a la generación novecentista. Gálvez inició su producción poética con la colección de poemas que tituló *Bajo la Luna* y que recogiera su producción de los años 1905 a 1908:

Mi canción era triste y mi voz se alargaba
mientras mi pobre madre sonreía y lloraba.
Sus lágrimas caían, mi canción era triste,
todo, todo ha pasado, ya nada de eso existe...

Y repite constantemente el tema de la tristeza en "Sólo una vez la ví"; o en:

Calma.

Paz.

En lo lejano
vibra temblando una queja,
que viene, se va, se aleja
con la tristeza de un piano...

La apasionada lectura juvenil de Juan Ramón Jiménez llevó a Gálvez a la pícara aventura de escribir cartas a aquél como si fuera Georgina Hubner —de inventarla propiamente, aunque ella era efectivamente una niña, hermana de un compañero de oficina—, a fin de conseguir, mediante un diálogo lírico-epistolar, libros y pensamientos del autor predilecto. Epistolario que culmina en la necesidad de eliminar la superchería mediante la supuesta muerte de la amada limeña que lleva a Juan Ramón a componer la sentida manifestación elegíaca que tituló "Georgina Hubner en el cielo de Lima". Tras esta inspiración juanramoniana estaban Verlaine y los simbolistas franceses presidiendo el tono lírico de Gálvez.

No puedo dejar de mencionar un fragmento de poema que me impresionara en los años de colegio cuando nacía mi vocación por el mar:

mientras sobre el mar muriente
pone unas suaves pinceladas de oro.
Hora triste la flor de la natura
vuelve a empezar su cotidiano sueño
en tanto la rodea con ternura
la dulce mariposa del ensueño.

Pueden encontrarse algunos elementos comunes, pero el todo responde a esa nota confidencial de los modernistas últimos, donde la sensación del misterio, de la tarde que

va perfilando las cosas, está vinculada no sólo a ese ensueño manifiesto, sino al misterio y a la inteligencia de la naturaleza que el hombre trata de interpretar.

Fue en aquel mismo año de 1908 que Gálvez obtuvo el resonante éxito popular-estudiantil de su *Canción a la Juventud*, que fuera coreada, y repetida más tarde como "himno estudiantil americano". Al año siguiente, 1909, Gálvez obtiene el triunfo de los Juegos Florales organizados por la Municipalidad de Lima con sus poemas presentados: "Canto a España" y "Reino Interior". El primero, de aliento épico y con entonación tradicional, ubica a Gálvez dentro de su generación. En el segundo hay fuerza imaginativa y persistencia musical, que recuerda la influencia tan señalada de Juan Ramón Jiménez en los primeros años de su actividad poética. Gálvez continuó luego en *Jardín Cerrado* la nota de tristeza sosegada, de melancólica puesta de sol, donde estará otra vez al lado de Jiménez. Después se irá acentuando el viraje de la poesía de Gálvez hacia los motivos típicamente peruanos, "la procesión", "las acequias", "los bueyes", "la jazminera" y ya con estampas claramente folclóricas como "la marinera" "el caballo de paso" y las "mulizas" tarmeñas.

Y tú, paisana, corea
mi apagada melodía
para que en tus labios sea
ilusión y poesía.

Es tal vez "La Jazminera" un poema que exhibe definitivamente su nueva posición de "estampa local", rodeada de cierta dulce entonación, donde el poeta aplica su buen gusto a un tipo de poesía que a pesar de ser "anecdótica", no está lejos de la auténtica vena lírica. Es éste un camino muy seguido en la poesía de comienzos de siglo. El ejemplo es claro:

¡Aquí la pregonera de jazmines! La linda criolla de ojos negros y de boca de guinda, la de ágil contoneo, la de mirada en fiesta, la del cantar gracioso y la pronta respuesta, jazminera aromada con el aroma sano del ñorbo, del tumbito y la flor del manzano, oliente a la casera mixtura, y a la buena ropa que se guardaba en vetusta alacena.

Ella traía el dejo del jardín fragancioso que, cerca a las portadas, guardaba el rumoroso recuerdo de una Lima de albercas y emparrados con cenadores blancos y senderos dorados.

Traía a los hogares la bondad campesina en su aroma del huerto y en su voz cantarina, su pregón se alargaba cual romántico alerta, era como el engarce de la casa y la huerta, y al llegar con la noche los otros pregoneros, sus últimos jazmines se volvían luces...

Y junto con aquél el "Pianito ambulante" que "con gracia inexperta/ el recuerdo lejano de un vals lento despierta/ como puede una espina recordar una rosa"... Y el descriptivo color de su "Marinera", y el giro de "la cometa" "que por el hilo sube/ sube, sube/ a encaramarse en el pulmón/ maravilloso de una nube..." Y por último su "Caballo de Paso" que "camina como un conquistador".

Ese mismo espíritu nacional unido a la combinación épico-lírica de su *Canto a España*, dentro de una nueva manifestación de la oda pindárica, llevó a Gálvez a componer su *Canto Jubilar a Lima*: "Oh, ciudad milagrosa/ de raro hechizo y de lisura fina/, que esconde con rebozo de neblina/ su gracia recatada y misteriosa..." Este canto fue recitado por el propio Gálvez en la Velada Oficial del Centenario de Lima, en enero de 1935.

Al lado de su poesía, su prosa se manifiesta primero en una novela corta, titulada *La Boda* que tiene un dejo

poético modernista; y luego en las crónicas evocadoras de *Una Lima que se va*, *Estampas Limeñas*, *Calles de Lima y meses del año*. El mundo limeño del 900 aparece recogido a través de esas páginas coloristas donde asoman ingenuamente los recuerdos de la niñez mezclados a emocionadas nostalgias de la adolescencia y juventud; personajes, calles, juegos, espectáculos, actividades estudiantiles, culturales, todo se ve reflejado dentro de grandes cuadros en que se muestra Lima como un eje y centro de tradición peruana. Gálvez acompaña el dato y el recuerdo con el efluvio de una prosa sencilla e insinuante. Estas evocaciones del pasado, para las que Gálvez poseía una espontánea inclinación, pasaron de los relatos periodísticos de *Una Lima que se va* a las narraciones más artísticamente concebidas que forman sus *Estampas Limeñas* y en las que no hay propiamente un dejo conservador, aunque suspira por el pasado, sino una franca afirmación de nacionalismo y un brochazo de pintor colorista en el que aún perdura la emoción de la poesía impresionista de sus primeros años. Entre las callejas de sus estampas y frente a los patios empedrados de las casonas viejas, musita las suaves cantilenas de sus primeros poemas, como "Serenata", donde la emoción es sólo susurro de tristeza y desvanecimiento del modernismo fuerte y plástico de Chocano. Es un representante del tradicionalismo novecentista. Pero Mariátegui exceptuaba a Gálvez de la clasificación de pasadista conservador y colonialista, con que había bautizado a los otros miembros de su generación. Sostenía que el suyo era un pasadismo integral y romántico; y que palpitaba en él cierto dejo mestizo con la presencia de la raza pre-hispánica "cuya tradición áurea bien merece un recuerdo y cuyas ruinas imponentes y misteriosas nos subyugan y nos impresionan". Con relación a esto mismo, Mariátegui traía a colación la tesis de Gálvez *Posibilidad sobre una genuina literatura nacional*, que fue otro de los interesantes aportes que ofreció a nuestra acti-

vidad literaria, tratando de encontrar un cauce a la inquietud reinante en su época por adoptar una actitud artística.

José Gálvez fue, también, maestro universitario y dirigente cultural de gran arraigo popular. Murió en febrero de 1957, cuando ejercía la Presidencia del Senado de la República; y su entierro constituyó una extraordinaria expresión de la simpatía que había despertado su figura, último representante de una inocente bohemia de tertulia de café y feliz exponente de un tipo de catedrático que irradiaba simpatía y emotividad entre sus alumnos de Literatura y entre sus contertulios.

El retrato de José Gálvez está presente desde hoy entre los grandes conductores de la peruanidad que han ido acumulándose en este rincón de la cultura. El ganó ese homenaje con toda justicia a través de una vida puesta al servicio de la literatura, de la expresión del mundo nuestro en prosa y poesía y de su amplia capacidad de comprensión y de bondad en la más cabal expresión de la palabra. Para él nuestro recuerdo y aquí en el Instituto Nacional de Cultura el testimonio de nuestra memoria donde figura con tan especiales y nobles caracteres.